

# El arte prehispánico en Mesoamérica

## 1.— Introducción

**E**l término Mesoamérica se halla ya universalmente aceptado por los estudiosos de las culturas prehispánicas, pero es preciso que antes de seguir adelante lo delimitemos geográficamente. Propuesto por Kirchhof comprende, desde el Pacífico hasta el Golfo de México, un amplio espacio cuyo límite norte lo constituye el noreste del Estado de Sonora, el sur de Chihuahua, el centro de los de Durango, Zacatecas y San Luis Potosí y el norte del de Veracruz. Su límite sur ascendería desde el Pacífico, al norte de Nicaragua, y llegaría, después de haber atravesado oblicuamente Honduras, hasta el Caribe, al sur de Guatemala.

En ese espacio se han desarrollado varias preculturas y las dos grandes culturas históricas de los mayas y del ámbito que los aztecas unificaron. El conjunto de toda esa evolución constituye un rompecabezas interminable en el que faltan muchísimas piezas. Ninguna cultura nace por generación espontánea, sino que se origina sobre un nutrido fondo precultural. El problema, en el caso de Mesoamérica, es que la documentación arqueológica es insuficiente y que una notable parte de la escrita no ha sido aún descifrada.

Los establecimientos neolíticos considerados hasta ahora como los más antiguos de Mesoamérica, datan de manera aproximada del año 2000 antes de Cristo. Ello indica que la zona se hallaba ya entonces relativamente poblada, pero en lo que a la creación artística respecta no nos aporta datos fiables. La posibilidad de pisar un terreno relativamente firme se inicia con obras procedentes de hacia el año 1000 antes de Cristo, pero los orígenes de algunas de esas culturas pueden retrotraerse tal vez hasta 1500 o hasta bastante antes. En la costa del Golfo de México se halla en el meridiano 94 Oeste, casi en el istmo de Tehuantepec, la ciudad de «La Venta», en donde entre el año 1000 y el 800 antes de Cristo surgió una precultura avanzada a la que pertenecen también los hallazgos realizados en San Lorenzo y Tres Zapotes. Se hallan ambas en el interior y muy próximas a La Venta, la primera hacia el sudoeste y la segunda hacia el oeste.

En la costa del Pacífico se hallan en el interior del estado de Oaxaca, pero muy próximas a Puerto Ángel y a Punta Piedra Negra, los establecimientos de Monte Albán, de cul-

tura zapoteca, cuyos orígenes podrían retrotraerse a 1500-1000 antes de Cristo y los de Mitla, de origen mixteca, que cabe datar entre el 600 y el 700 después de Cristo.

Es casi seguro que estas culturas aurorales irradiaron desde ambas costas hasta la altiplanicie central y pudieron influir en la evolución de la culturas de Teotihuacán, Tula y el valle de México, pero ello no quiere decir, aunque haya sido en cierto momento una tesis defendible, que todas las grandes culturas de Mesoamérica procedan de Venta. Parece más verosímil que ese origen se halle en la cultura protomaya. Entre las grandes culturas universales que catalogó meticulosa y magistralmente Toynbee, es la maya una de las que consideraba más importantes, de las más diferentes también. Su arte puede hallarse en los orígenes del esplendor artístico mesoamericano, pero la cultura maya, que era profundamente religiosa y humanitaria, no influyó de una manera especial en las costumbres del resto de Mesoamérica. El arte maya pudo haber sido la espoleta que provocó la eclosión del de las restantes zonas mesoamericanas, pero ello no significa que abunden las semejanzas, aunque las haya muy grandes en algunos casos concretos.

## 2.— Arte y vida en la primera cultura maya

La cultura maya presenta problemas de datación y de comprensión debido a que no ha podido ser todavía descifrada su complicada escritura, que era simultáneamente fonética y jeroglífica, pero en Leyden se conserva una placa en cuyo anverso hay un grabado con la figura de un guerrero maya y en el reverso una inscripción con una fecha. Escrita en numerales, que son los únicos signos mayas hasta ahora descifrados, resultó fácil traducirla. En guarismos arábigos dice exactamente «8 . 14 . 3 . 1 . 12», pero una vez interpretados esos guarismos su significado exacto es «Ocho ciclos de 400 años; 14 períodos de 20 años; 3 de un año; uno de un mes y 12 días». Los mayas lo decían de un modo abreviado. Exactamente como antes dijimos: 8 . 14 . 3 . 1 . 12. Ello quiere decir que esa placa deliciosa fue grabada el día 12 del mes 2 del año solar 3.483 de la era maya. Como los documentos de este tipo abundan, debería ser fácil datar la totalidad de la historia maya. Tan sólo se necesitaría saber a qué año de nuestra cronología corresponde el año 0 de los mayas y qué sucedió en esa fecha que fuese tan importante para que la hayan tomado como la inicial de su meticuloso cálculo de los días. Para la segunda pregunta no tenemos respuesta y para la primera existen dos diferentes. Para los primeros estudiosos de la cronología maya (Thompson, Martínez y Goodmann) ese año cero era el 3373 antes de Cristo. Según la cronología propuesta por Spinden dicha fecha cero fue el año 3113 antes de nuestra era. La diferencia entre dichas cronologías, anteriores ambas al descubrimiento de los métodos de medición del carbono 14 y del potasio-argón, era por tanto de 260 años. Cuando se le pudieron aplicar los sistemas de datación radioactiva recién citados, resultó que en la totalidad de los casos estudiados la fecha obtenida coincidió con muy escasas oscilaciones con la propuesta por Spinden. A pesar de ello y de que el propio Thompson sigue en uno de sus últimos libros la cronología de Spinden y no la suya propia, hay aún algunos especialistas que continúan una discusión interminable en torno a dicho problema. Una de las preocupaciones máximas de los mayas era la

de dejar constancia de su antigüedad y del paso del tiempo. Debido a ello erigían cada veinte años una estela, pero no para conmemorar un posible acontecimiento importante, sino tan sólo porque habían transcurrido veinte años más. En esas piedras conmemorativas había algunas inscripciones y a pesar de que son muy pocos los fragmentos de textos mayas que han podido ser traducidos a nuestros idiomas actuales, ha podido comprobarse que lo que se recogía en ellas eran datos astronómicos o cronológicos sin una sola alusión a nada que se relacionase con la historia del pueblo maya. Es posible, no obstante, que fuese en sus códices escritos sobre papel fabricado con corteza de árbol donde recogiesen esos otros datos, pero nada podrá ser probado hasta que se tenga un conocimiento suficiente de su complicada escritura.

Faltos de documentos legibles y de una datación exacta de las interferencias sufridas por los mitos conservados, nos quedan el urbanismo y las obras de arte como elementos más fiables para intentar inferir cómo eran el sentimiento del mundo y la intuición del espacio en el momento clásico y más estrictamente maya de la evolución de esa cultura cerrada sobre ella misma. El ámbito geográfico de la primera cultura maya era uno de los más reducidos entre los de todas las que se conocen. Ocupaba tan sólo 325.000 kilómetros cuadrados en los días de su máxima extensión. Las ciudades eran suntuosas, pero no se hallaban fortificadas. Ello parece indicar que los mayas podían temer las catástrofes venidas del cielo, pero que no temían que otros hombres los atacasen. Protegidos por la selva y sin vecinos que pudiesen hacerles sombra durante sus años de esplendor clásico, tuvieron, descontados los orígenes, una evolución sin influjos externos condicionantes. Era la suya, hasta la devastadora llegada de los toltecas, una especie de endogamia cultural, en la que cada momento surgía directamente del anterior, sin que casi ninguna influencia ajena pusiese en peligro su curso. El arte responde paradigmáticamente a semejante atmósfera de estufa o de campo de cultivo, pero ello no perturbaba su armonía perfecta.

Las ciudades mayas constituyen un claro ejemplo de dicha mentalidad. Las más antiguas entre las excavadas abundan en obras de arte y datan del primer milenio antes de Cristo, tal como acaece con Nakbe, donde hay restos del 630 antes de Cristo. Descubierta en 1930 y acabada de excavar en su primera fase en 1987, se halla en Guatemala, en el paraje del «El mirador», y hay en ella gran cantidad de pirámides y esculturas. Algo más antiguas e igualmente importantes son Zibilchaltun en el Yucatán y Kaminaljuyú, muy próxima a la actual capital de Guatemala. La primera era tan extensa que sus restos se emplearon hasta muy entrado el siglo actual para cimentar las autopistas yucatanas. El carbono 14 ha demostrado que sus más antiguos cimientos databan del año 1000 antes de Cristo, pero su época de mayor esplendor la tuvo entre el 300 y el 500 de nuestra era. Kaminaljuyú data también del año 1000 antes de Cristo. Su máximo esplendor lo tuvo en los primeros siglos de nuestra era. Destacó por sus vasos de tres patas y cubierta cónica y por su cerámica de gran finura en amarillo o rojo. Esta cerámica es enormemente parecida a la que en los siglos II y III de nuestra era se realizaba en Teotihuacán. Parece haber, por tanto, una relación intrigante entre ambas, lo que hace todavía más intrincadas las deudas y préstamos entre los mundos pre o protomaya y pre o protonahuatl.

En la arquitectura monumental se solían realizar las variaciones suficientes para evitar todo posible tedio, pero había también algunas constantes intocables, entre ellas un predominio casi absoluto del ángulo recto en el exterior y de la bóveda falsa de cemento en el interior. En todas las fachadas predominaba la simetría bilateral, pero utilizaban a veces una simetría cuádruple para el conjunto de las cuatro. Entre las excepciones al ángulo recto y a la simetría total tiene un notable interés el friso ornamental —algo así como un entramado de troncos— que se colocaba ocasionalmente encima de algunas puertas. Los mayas, pese a sus conocimientos matemáticos, no sabían construir bóvedas de empujes laterales contrapesables. Exprimieron entonces su imaginación e inventaron tres tipos diferentes de falsas bóvedas. En el primero se limitaban a aproximar progresivamente unas a otras las losas arquitrabadas, empleando para ello el mismo sistema que los aqueos habían llevado a suprema perfección en Micenas. En el segundo lo que se inclinaba era la totalidad del muro construido con pequeños pilares. El peligro de hundimiento lo salvaban exagerando la cantidad de cemento empleado, necesidad que los condujo a descubrir como complemento un sistema de fraguado rápido. El tercer sistema, que nos podría hacer pensar en los «tirantes» de la mezquita de Córdoba, lo empleaban tan sólo en las falsas bóvedas con las que cubrían grandes espacios. Para evitar que los empujes de ambas paredes mutuamente contrapesadas hiciesen que éstas se rompiesen a lo largo de una zona próxima a la arista de confluencia, calculaban la posible línea de ruptura y las apuntalaban con grandes vigas de madera, que creaban entre ambas paredes una especie de entramado que contribuía, por añadidura, a dotar de mayor fluidez al espacio. Ese mismo sistema lo utilizaron en algunas de las chozas en que vivían los campesinos, cuando éstas sobrepasaban el tamaño habitual. En esas bóvedas falsas se aceptaba por excepción el ángulo agudo, generalmente muy afilado. Ello, unido a la visibilización de los empujes de las falsas dovelas, producía a veces una especie de ahogo que no era a pesar de todo incompatible con un sentimiento de relativa serenidad o seguridad, originado por la sensación palpable de hallarse allí en un total alejamiento del mundo.

El exterior obedece a una concepción muy diferente. Los edificios se hallan alejados unos de otros y su regularidad extrema contrasta con la irregularidad buscada del conjunto urbano. Hay plazas inmensas en medio de las cuales se cree que crecían grandes grupos de árboles. La masa y el volumen de cada edificio están calculados en función de la masa y el volumen de cada uno de los contiguos. Una altura excesiva en el borde de una plaza puede resultar brusca en su ímpetu. Los mayas amortiguaban el choque mediante una escalera monumental que nada tiene que envidiar a la de la pirámide del sol teotihuacana. Abundan los arcos que servían para pasar de un barrio o conjunto urbano a otro. Su misión debió ser simbólica o puramente ornamental. Unos cuantos escalones y una decoración frontal con ajedrezados o formas movidas a manera de casas en relieve basta para dotar de equilibrio al conjunto. Este sistema, empleado con máximo éxito por los maya-toltecas en el arco de Labna (siglo VIII), en el Yucatán, no evita que la falsa bóveda de su interior responda con su agudo bisel a una concepción espacial buscadamente disímil.

Hay un tipo de edificios que se encuentra en la América prehispanica exclusivamente en el ámbito maya y que tienen forma de torres. Se pensó que debían ser observatorios